

Para la hora del “Ángelus”.

Domingo, 29/03/2020 - V Domingo de Cuaresma

Hoy es el último domingo de esta Cuaresma. Dentro de siete días comenzaremos la Semana Santa; es posible que el coronavirus nos ayude a vivirla con más devoción que otros años y a centrarnos en lo esencial del misterio de fe que celebramos. Muchos de los que participasteis en la oración y bendición convocada por el Papa el pasado viernes habéis manifestado el impacto que esa celebración os produjo; en esta ocasión, podía decirse con verdad que “la procesión iba por dentro”. Siempre debería ser así.

Con las lecturas de este domingo, la Iglesia responde a la pregunta que se hace el catecúmeno antes de ser bautizado: ¿cómo llegaré a ser cristiano? Los dos domingos anteriores respondió con los símbolos del agua que sacia para siempre (conversación de Jesús con la samaritana) y de la luz (curación del ciego de nacimiento). El símbolo de este domingo es la vida. Marta, la hermana de Lázaro, se encaró con Jesús y le reprochó no haber estado en Betania cuando murió su hermano: “Si hubieras estado aquí, no habría muerto mi hermano”. La respuesta de Jesús, siempre pacificadora, le propuso elevar el ánimo y la mirada: “Yo soy la resurrección y la vida —le dijo—: el que cree en mí, aunque haya muerto, vivirá”. Jesús le invitó a mirar más allá de la apariencia; él no era solo el amigo de la familia, que había venido a consolar a las dos hermanas; allí estaba el Dios, autor y amigo de la vida, que pronto vencería a la muerte con su gloriosa resurrección. Por eso, a renglón seguido preguntó a Marta: “¿Crees esto?”

Pero la fe no nos vuelve insensibles; todo lo contrario. Viendo llorar a las dos hermanas, Jesús no pudo menos de emocionarse; él también quería a Lázaro entrañablemente y se echó a llorar de tal manera que los judíos, que habían venido al duelo, exclamaron: ¡Cómo lo quería! Luego quiso ir al sepulcro y, a pesar de las protestas de Marta, hizo que retiraran la losa que lo cubría y, después de hablar con su Padre del cielo, gritó con voz potente: “¡Lázaro, ven afuera!” El muerto salió envuelto con el sudario y las vendas y Jesús volvió a gritar: “Desatadlo, dejadlo andar”. Es la imagen más emocionante de esa promesa de libertad y vida que el cristiano recibe en el Bautismo. Quien lea el relato completo de este episodio en el evangelio de san Juan (11, 1-45) captará mejor todo su dramatismo.

Acoger la fe en Jesucristo como agua que sacia nuestra ansiedad, como luz que ilumina el camino de la vida, y como promesa de una vida, que no es sólo prolongación de la presente, sino “otra” vida, vida “eterna”, siempre serena el ánimo, pero más aún en este tiempo de pandemia, en el que la muerte parece asomarse furtivamente y nos desasosiega. Porque, en cualquier circunstancia de la historia, la vida humana seguirá siendo frágil y limitada: antes o después llegará a su fin; pero la promesa de que existe una “vida eterna” vence la angustia de quienes, de no saber esto, “pasaríamos la vida como esclavos por miedo a la muerte”, como afirma con verdad la carta a los Hebreos. Rezamos hoy, con corazón agradecido, las estrofas de este canto henchido de esperanza:

Tú nos dijiste que la muerte
no es el final del camino,
que aunque morimos no somos
carne de un ciego destino.
Tú nos hiciste, tuyos somos.
Nuestro destino es vivir,
siendo felices contigo,
sin padecer ni morir. (bis)

Cuando, Señor, resucitaste,
todos vencimos contigo.
Nos regalaste la vida
como en Betania al amigo.
Si caminamos a tu lado
no va a faltarnos tu amor,
porque muriendo vivimos
vida más clara y mejor. (bis)